

ponde: «Mirad, Nadal, ¿queréis aprovechar? Veis lo que desean los hombres del siglo. Desead vos y procurad lo contrario, y vestíos de la librea de Cristo nuestro Señor, y veréis cuánto os aprovechará» (p.226) o anécdotas curiosas como «nos acordamos que quiso el P. Ignacio, que los que tenían alguna facultad para las predicaciones, ejercitasen la voz y la actuación en aquellas ingentes ruinas de la antigua Roma, ante observadores» (p.346).

Además, a lo largo de las pláticas, Nadal nos va dejando también su sello personal aportando expresiones propias. Así, refiere varias veces su intención de explicar *spíritu, corde et practice* (p.113 o p.145). Hace alusión al «círculo que yo suelo decir hay en los ministerios de la Compañía» para explicar que la oración lleva al jesuita al trabajo por el Señor y este trabajo lleva a su vez a aprovechar más en la oración. Todo ello le llevará a emplearse con más celo, buscando «cada día más la mayor gloria de la eterna bondad, que es el fin de nuestra vocación y instituto» (p.183). Encontramos también su afortunada expresión de que «a la Compañía todo el mundo le ha de ser casa, y así será con la gracia divina» (p.207).

En resumen, estamos ante un libro imprescindible para conocer el carisma ignaciano de manos de un gran jesuita formado junto a San Ignacio. Es un libro que acerca cálidamente al corazón de la Compañía de Jesús. Me atrevería a decir que todo jesuita debería leerlo o al menos los que están en etapa de formación. Su lectura nos hace revivir el sentido de estas pláticas que tan bien nos siguen comunicando el carisma que Dios regaló a Ignacio de Loyola y que sigue muy presente en la Iglesia.—JAVIER CÍA BLASCO, S.J.

HISTORIA DE LA IGLESIA

SUÁREZ FERNÁNDEZ, LUIS, *Franco y la Iglesia. Las relaciones con el Vaticano* (Homo Legens, Madrid 2011), 974p., ISBN: 978-84-92518-68-5.

A pesar de su avanzada edad (Luis Suárez Fernández va camino de los 88 años), el que fuera Catedrático de Historia Antigua y Medieval de la Universidad Autónoma de Madrid se muestra, como se pone de manifiesto a lo largo de esta obra, en plenitud de facultades a la hora de ejercer como historiador. En efecto, el libro que nos presenta constituye una excelente aportación a la investigación a pesar de que adolezca de elementos fundamentales como son las necesarias referencias bibliográficas o un completo índice onomástico. Según el autor, si este aparato crítico no aparece publicado es porque ya lo hizo público en una obra anterior suya (*Franco. Crónica de un tiempo*, publicado en la editorial Actas y compuesto por un total de seis volúmenes). A juicio del autor, el auténtico objetivo de la obra que se nos presenta no está en presentar un completo aparato crítico, sino en proporcionar un relato bien explicado de los sucesos históricos. En ese sentido, podemos considerar plenamente logrado este objetivo, pues

el análisis histórico de Suárez Fernández es francamente didáctico y responde a una larga trayectoria docente desempeñada en varias universidades españolas.

Luis Suárez Fernández pertenece a una corriente historiográfica que ha querido hacer una revisión de la Historia reciente del franquismo. Consciente de que aquello de que «la Historia la escriben siempre los vencedores» no es más que un tópico (desde la muerte de Franco la mayor parte de las investigaciones del franquismo han correspondido a los detractores del régimen que rigió los destinos de España entre 1939 y 1975), Suárez Fernández ha querido llevar a cabo su propia revisión de lo que se ha publicado sobre las relaciones entre Franco y la Iglesia. Desde esa perspectiva, aunque la obra trata el conjunto del franquismo, se ha centrado particularmente en la última década del franquismo, por cuanto ha sido la más conflictiva en la relación Iglesia-Estado y por cuanto es la que ha generado, en consecuencia, mayores controversias dentro de la historiografía especializada en el tema.

Así, la primera parte se dedica a lo que Suárez llama «el trazado de unas relaciones completas». Centrada en los años 1939-1953, se inicia con un detenido análisis de cuál fue la actitud de la Iglesia Católica ante el llamado «Alzamiento Nacional», llegando a la conclusión de que la postura de la Iglesia, a favor de uno de los dos bandos (el llamado «nacional»), vino más bien determinada por la realidad de los hechos (en particular la dura persecución religiosa desatada en la segunda mitad del año 1936) que por un apoyo premeditado hacia la causa que encabezaba el General Franco. A continuación realiza un seguimiento pormenorizado de la manera en que se establecieron relaciones oficiales entre la Santa Sede y el régimen franquista, con la polémica figura del Ministro de Asuntos Exteriores Ramón Serrano Súñer como punto de referencia. Relaciones que tendrían un primer punto de partida en el *Convenio* de junio de 1941 para el nombramiento de obispos, que permitía al Estado español recuperar la capacidad para nombrar los titulares de las sedes episcopales vacantes, dejando fuera de ello a los obispos auxiliares (que serían siempre una prerrogativa de la Santa Sede).

En ese sentido, Suárez Fernández pone de relieve la importancia de las relaciones del franquismo en lo que él mismo califica de «años duros de aislamiento», pues el mundo internacional de posguerra no perdonó a Franco sus cercanas relaciones con la Alemania de Hitler y con la Italia de Mussolini. De ahí que la Santa Sede fuera un elemento clave, junto con Estados Unidos, en la salida de ese aislamiento internacional. Llama la atención, en relación con ello, la importancia que Suárez Fernández da al problema de la libertad religiosa, en particular a lo que se refería a la relación con los Estados Unidos, pues allí tanto la comunidad judía como la protestante ejercían un papel fundamental que resultaba difícilmente compatible con la rígida confesionalidad católica del Estado español. Una confesionalidad que, primero *de iure*, y luego *de facto*, se puso en marcha a partir del final de la Guerra Civil española. Lo cierto es que la firma del Concordato de 27 de agosto de 1953 representa, y en ello estamos plenamente de acuerdo con Suárez Fernández, un «punto culminante» en el restablecimiento de dicha confesionalidad, hasta el punto de crearse una auténtica «Iglesia de Estado» en el que las esferas de actuación de cada uno de los entes firmantes del acuerdo eran difícilmente discernibles.

Es a partir de 1953 cuando, según Suárez Fernández, comienzan a abrirse «los caminos hacia la separación», que es precisamente a lo que dedica, como ya hemos

dicho, la mayor parte de su libro. Según el autor, existieron una especie de «precedentes para una primera crisis en las relaciones», destacando las polémicas que hubo durante la etapa ministerial de Joaquín Ruiz-Giménez al frente de Educación Nacional (1951-1956) y también en torno a la actitud de Franco hacia la causa monárquica, con la que quien fue su Ministro de Asuntos Exteriores entre 1945 y 1957, el destacado dirigente católico Alberto Martín Artajo, se sentía muy identificado. Para el autor, a la Iglesia Católica, como a otros muchos organismos internacionales, le preocupaba de manera muy especial la posible evolución del Régimen. En todo caso, Suárez Fernández se muestra tajante sobre cuál era el grado de entendimiento entre la alta jerarquía de la Iglesia y el Estado a la altura de 1961, es decir, un año antes de comenzar el Concilio Vaticano II: «parecía completo», señala el autor del libro. Sin embargo, según fueron pasando los años, y cada vez con mayor fuerza, irían apareciendo grietas en el edificio de ese entendimiento.

Parte de los problemas entre la Iglesia y el Estado estarían en relación directa con las diferentes disposiciones del Concilio Vaticano II, y en particular con dos documentos aprobados en la última sesión del Concilio (7 de diciembre de 1965): por un lado, la Constitución Pastoral *Gaudium et spes*, y por otro, la Declaración *Dignitatis humanae* sobre la libertad religiosa. La primera abriría el debate en torno a los cauces de participación en la sociedad civil, mientras que la segunda iría directamente contra la línea de flotación de una ideología desarrollada en España en las décadas anteriores, el llamado *nacionalcatolicismo*. Por otra parte, Suárez Fernández desmiente rotundamente a aquellos que consideran que fue clave la mala relación que siempre pudo haber entre Pablo VI y Franco y que se remontaba a los tiempos en que Giovanni Battista Montini trabajaba en la Secretaría de Estado. El autor no puede ser más rotundo: «(...) en todo momento, al referirse al Concilio o al Papa Pablo VI, el Generalísimo español empleó un tono elogioso y no tenemos motivos para suponer que mentía» (p.601). Sin embargo, a partir de la llegada a España del nuevo Nuncio, Luigi Dadaglio (julio de 1967), las cosas cambiaron. En ese punto sí estamos plenamente de acuerdo con él cuando dice que Dadaglio «(...) traía a España una misión concreta: invertir la mayoría en el seno de la Conferencia Episcopal ya que era necesario que la Iglesia se desvinculase de un Régimen que estaba tocando a su fin» (p.620).

A partir de aquí, la obra se centra en el progresivo deterioro de la relación entre Franco y la Iglesia. Deterioro en la que, según Suárez Fernández, tenía mucho que ver la ruptura *de facto*, aunque no *de iure*, del Concordato, así como la nueva postura de la Iglesia española surgida de acontecimientos tan relevantes como la *Asamblea Conjunta de Obispos y Sacerdotes* de septiembre de 1971. Por ello, Suárez Fernández dedica la última parte de su libro a lo que él llama «encuentros y desencuentros finales». En ese sentido, Suárez Fernández afirma que el Gobierno de Arias Navarro se situó en una posición de «práctica ruptura con la Conferencia Episcopal y la Nunciatura», aunque esa ruptura nunca llegara a ser formal. La que sí parecía clara era la victoria final de la postura del Cardenal Tarancón en su lucha con el régimen franquista por ver reconocida a la Conferencia Episcopal como interlocutora fundamental en las relaciones Iglesia-Estado en España. Una postura que acabaría plasmándose en la renovación del Concordato de 1953 y el desmantelamiento del mismo a partir de la muerte del General Franco, poniéndose en marcha un proceso de emancipación de la Iglesia con respecto al Estado que vendría confirmado por la Constitución de 6 de diciembre de 1978.

En suma, nos encontramos ante una muy interesante visión de la relación entre Franco y la Iglesia, visión que, aunque evidencia el posicionamiento ideológico del autor, no por ello deja de estar dotada del necesario rigor historiográfico y que por ello le convierte en una amplia síntesis sobre un tema que debe ser objeto de la necesaria atención por parte de los especialistas en el tema, más allá de las legítimas discrepancias que se puedan tener con la misma.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

ARAHUETES GARCÍA, A. - LÓPEZ FRANCO, J. - NAVARRO MENDIZÁBAL, Í. - SANZ DE DIEGO, R. M.^a, S.J., *50 años ICADE (1960-2010). Muchas vidas en un proyecto* (Universidad Pontificia Comillas-Editorial LID, Madrid 2011), 524p. ISBN: 978-84-8468-365-0.

ICADE (Instituto Católico de Administración y Dirección de Empresas) ha celebrado en el curso 2010-2011 su 50 aniversario. Como ocurre en muchos acontecimientos históricos, su nacimiento se debió a varios factores y su gestación pasó por varias etapas. En concreto se dio la conjunción de un ambiente económico y social con unos intentos previos, que fueron como semillas y la visión de un Provincial jesuítico, que secundó y potenció lo que había y fue respaldado por otros.

El ambiente social y económico era el de la España de Franco. Con la década de los cincuenta del siglo pasado han finalizado las estrecheces y la autarquía de la postguerra. En 1951 se vuelve a la renta per cápita anterior a la guerra civil. Al final de la década el Plan de Estabilización (1959) y a comienzos de la siguiente los Planes de Desarrollo (desde 1963) abren a una etapa económica nueva. Políticamente la entrada de España en los foros internacionales (en la ONU en 1955) y la consolidación de las relaciones internacionales (Acuerdo con EE.UU. y Concordato con la Santa Sede, ambos en 1953) abren también a una etapa nueva. Las mentes más perspicaces intuyen que en España el desarrollo va a necesitar empresarios, que la universidad estatal no forma. Desde esta intuición los jesuitas españoles fueron creando centros de formación empresarial, en los que se inscribe ICADE: ESTE (Escuela Superior de Técnica Empresarial, San Sebastián 1956), ESADE (Escuela Superior de Administración de Empresas, Barcelona 1958), en 1963 ETEA (Escuela Superior de Técnica Empresarial Agrícola, Córdoba), CESTE (Centro de Estudios Superiores Técnico-Empresariales, Santander), e INEA (Instituto Nevares de Empresarios Agrícolas, Valladolid) y en 1965 ESCE (Escuela Superior de Ciencias Empresariales, Alicante).

ICADE nació de unos cursos vespertinos que en la segunda mitad de la década de los cincuenta organizó la Congregación Mariana Universitaria de Madrid (los «Luises») para profesionales que quisieran adquirir formación empresarial. A la vez se buscaba formar directivos de empresa que extendieran el Reinado de Jesucristo en el mundo de los negocios basándose en la Doctrina Social de la Iglesia.

Aprovechando que el colegio de Areneros se trasladaba a Chamartín en 1960, estas semillas iniciales ocuparon en el edificio de Alberto Aguilera el espacio que quedaba libre. En el nombre de la vecina Escuela Técnica (ICAI) se inspiraron para estos estudios nuevos —inicialmente las siglas significaron Instituto Católico de Directivos de Empresa— y se crearon dos niveles académicos: una carrera universitaria de doble